

## EUGENIO PACELLI

### III - Legado en América

Con una doble misión oficial, Pío XII, siendo Cardenal Secretario de Pío XI, tuvo ocasión de arribar al hemisferio occidental, visitando a los pueblos latinos, como representados en la República Argentina y a los pueblos sajones en los Estados Unidos.

Iba a celebrarse del 10 al 14 de Octubre de 1934 el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires. Su preparación había sido muy anticipada y exquisita. Con razón aseguraba el Presidente del Comité Internacional de Congresos Eucarísticos, Mons. Tomás Heylen: "El Congreso preparado con más perfecto sentido de organización es el de Buenos Aires. La preparación por la plegaria, por la elevación de las almas, ha sido excepcional".

No poco contribuyó a caldear los espíritus el mismo Papa, al designar, a principios de 1934, como Presidente y Delegado Pontificio del Congreso, al Cardenal Eugenio Pacelli. El Gobierno argentino recibió la noticia con viva complacencia y el Gobierno de Italia puso a disposición de la misión pontificia, uno de sus mejores trasatlánticos, el CONTE GRANDE que, zarpando de Génova el 25 de Setiembre llegó al Río de la Plata el 9 de Octubre.

La recepción no pudo ser más en-

tusiasta y cordial. Tan pronto como surgió en el horizonte la silueta del CONTE GRANDE, escoltado por aviones del ejército argentino, un grito unánime se escapó de los centenares de miles que esperaban en el muelle; las campanas todas de las Iglesias lanzaron al espacio vibrantes notas de bienvenida; el ejército rindió honores y en el muelle lo recibieron el Presidente de la República con sus Ministros y altas personalidades del mundo eclesiástico y civil. La bienvenida efusiva del Alcalde de la ciudad, Dr. Manzano, fué contestada por el Cardenal Legado en correcto castellano.

"Agradecemos a V. E. las corteses palabras de bienvenida que acabáis de pronunciar. La gran ciudad de Buenos Aires ha hecho oír su voz por medio de V. E. que es su honrosísimo representante, y grande es nuestra gratitud por ella y por el fervoroso homenaje que vais a tributar al gran Padre que da a los pueblos la paz y la felicidad. Nuestra humilde persona desaparece ante la magnitud de este homenaje. Por primera vez ha querido S. S. enviar a América un Legado. Las palabras de V. E. y la magnífica acogida que se ha tributado al Enviado del Papa, demuestran elocuentemente el corazón amplio del pueblo argentino y sudamericano y su adhesión hacia el Jefe de la Cristiandad".

El recorrido por algunas de las principales calles de la ciudad en lujosa carroza, acompañado por el Presidente de la República, dejó en el espíritu del Cardenal Pacelli la más grata impresión. Esta, lejos de borrarse, fué grabándose más profundamente durante la celebración del Congreso.

Su apertura el 10 de Octubre en el Parque de Palermo con más de 400.000 asistentes fué la admiración de todos. No permite el espacio de la Revista ni la finalidad del artículo el reseñar los hechos, sino sumariamente, pero no podemos menos de entresacar unos breves párrafos del discurso del Cardenal Legado.

"...Es tan prodigiosa la historia de este bendito país que más que historia parece leyenda. En el mismo sitio en que había pampas y árboles, se eleva hoy una urbe inmensa. Las ramas en que no había sino pájaros, los ríos en que no había sino peces, han dejado paso a las magnificencias de nuestra civilización. Este mismo sitio, antes árido y desierto, congrega hoy una muchedumbre argentina que ostenta con orgullo la cristiandad heredada de sus abuelos y una cristiana muchedumbre cosmopolita.

Para terminar, deseamos que, durante este Congreso, la multitud entone fervorosas oraciones por la paz del mundo y especialmente de los pueblos sudamericanos: deseamos que la multitud se prosterne estos días ante la Hostia Consagrada en un grito ardiente de paz universal dirigido a Jesús, rey de la paz, para que conceda la paz verdadera al mundo".

La comunión de Niños el 11 de Octubre pasó de los 100.000. La Misa Pontifical del 12 con más de 200.000 oyentes y la gran comunión de hombres, más de 200.000, con el Presidente de la República al frente, son escenas imborrables e indescritibles.

Y sin embargo todo eso había de servir de marco a otra manifestación más gigantesca: a la apoteosis de la Fe en la Eucaristía, que no de otra manera puede llamarse la procesión y clausura del Congreso.

El entusiasmo iba cundiendo. Durante la noche y mañana del 13 al 14 en-

traron en la capital federal 110.000 automóviles y 160 trenes, antes de las 8 de la mañana. Oficialmente se anunció que al Parque y a la Plaza de Mayo habían acudido más de 1.350.000 personas. La Pontifical y Homilía del Cardenal Pacelli causaron honda impresión, pero se rebasó todo el límite cuando el mismo Papa desde Roma dirigió al Congreso breves palabras que se escucharon claramente dentro del mayor recogimiento.

¿Qué impresiones llevaba Pío XII al despedirse del hemisferio occidental latino?" Esto, dijo, ha sido una cosa estupenda, indescrutable, superior a cualquiera expectativa, a toda imaginación. No tengo palabras bastantes para expresar el consuelo de mi espíritu por haber asistido a tan altos espectáculos de fe y piedad que quedarán entre los hechos más hondamente grabados en mi memoria".

Y ¿qué opinión flotaba en el público sobre el Legado Pontificio? Todos quedaron impresionados por su piedad, por su sencillez y amabilidad. Se entregó en alma y cuerpo a la realización perfecta del Congreso. No hubo petición, compatible con el programa, a la que no accediera: ni persona, por humilde, a la que no atendiera.

La idea que el Papa Pío XII se llevaba del mundo americano latino era magnífica; la impresión que dejaba el legado pontificio era encantadora. Y que estas impresiones no eran exclusivas o meramente locales, sino algo inherente al espíritu del hemisferio latino, vino a comprobarlo la manifestación espontánea y casi repentina con que se recibió en Montevideo al Cardenal, en su viaje de regreso. Más de 100.000 personas cubrían las calles de Colón, Sarandí hasta Catedral y con razón asegura un escritor que aquella manifestación fué como la del Domingo de Ramos en Jerusalén, pero sin su Viernes Santo. Corta fue la estancia en la ciudad de Bruno de Zabala. A las pocas horas se reembarcó. Al poco tiempo no flotaba en el horizonte más que el penacho del Conte Grande que se esfumaba. En el espacio, por toda la costa resonaba un filial Adioooooos.

En tierra exclamaban todos: ¡Qué bueno es el Cardenal Pacelli!

...Sobre cubierta repetía el Cardenal:  
¡Qué buena hija de la Iglesia es la América Latina!!

Al año siguiente, 1936 se recibió con sorpresa el anuncio de que el Cardenal Secretario con una ligera comitiva iría a Estados Unidos. ¿Cuál era la finalidad de ese viaje? Las conjeturas se multiplicaron. Como sucede en esas ocasiones la imaginación fabricó las más extravagantes combinaciones. Probablemente por años será esa una incógnita que no acertaremos a despejar, pues la razón que la comitiva daba que sólo se trataba de unas vacaciones del Cardenal, no podía satisfacer a nadie.

Una nube de periodistas y reporteros le esperaban el 8 de Octubre. Al pisar tierra le dispararon sus máquinas fotográficas. Otros, lápiz en mano, dirijíanle sus preguntas, capciosas tal vez, pero de las que el hábil diplomático se escapaba sonriente, dejando una respuesta cortés y halagadora. "Feliz me siento al pisar el suelo de un gran pueblo que sabe unir tan bella y noblemente el sentido de disciplina con el ejercicio de una justa, legítima y bien ordenada libertad. Ojalá que los hijos e hijas de este continente norteamericano, pese a las dificultades presentes, puedan gozar de una existencia humana, noble y decente, condición indispensable para una verdadera y consistente paz en la Sociedad".

No pudo el Cardenal sustraerse a la influencia del medio ambiente y tiene su estancia en Estados Unidos la movilidad y vertiginosidad americanas. Solamente su recorrido en avión cubrió más de 16.000 kilómetros.

Su Misa en la Catedral de San Patricio demostró aquellas cualidades de piedad, tranquilidad, reserva, simpatía que no olvidarán fácilmente los americanos. Rindió un tributo de admiración al espíritu audaz y emprendedor de Norte América en la Radio City y mandó detener tres veces el carro para poder contemplar aquella maravi-

lla de ingeniería que se llama Puente Triborough.

Por más que la Policía trataba de contener al público, éste se acercaba siempre al Purpurado confiado en aquella bondad y sonrisa que anulaba las artificiales miradas severas de los policías. Como prueba de su espíritu democrático podríamos aducir, entre otros casos, la visita del chofer Iablonski, en otros tiempos chofer de Paccelli en Roma. Fue la entrevista larga y efusiva y pidióle el Cardenal fuera su chofer durante su permanencia en la capital, a lo que accedió Iablonski, previo el permiso del Mayor Bowes.

Una nube de visitas, fotógrafos y reporteros con la oportunidad que los caracteriza asediaban al Príncipe de la Iglesia. Los animaba aquella su bondad y el fácil inglés en que respondía a los cuestionarios.

A los pocos días fue recibido en la Universidad Católica de Washington donde le esperaba el Claustro de Profesores presidido por el Canciller de la Universidad, el Arzobispo Curley y más de 4.000 estudiantes. El tema de su discurso fue "Religión y Ciencia", haciendo ver las relaciones íntimas y amistosas entre la fe y la verdadera ciencia, entre lo natural y lo sobrenatural. Sus palabras eran escuchadas con máxima atención y siempre coronadas con nutridos aplausos, cuando, conocedor del alma estudiantil, dejaba caer sobre el auditorio la mágica palabra de Vacación. Se aplaudía al sabio, se aplaudía al hombre bondadoso. Notable fue también el banquete conque, como a huésped de honor, le obsequió la National Press Club, con más de 400 corresponsales.

No podemos seguir el vuelo del transporte Aéreo Boeing de 18 pasajeros, en el que recorrió el Cardenal gran parte de la República. Muchas veces durante el vuelo escribía a máquina y preparaba las reuniones que, con diversos prelados celebraba en ciudades previamente señaladas. Solamente así se explicaba que pudiera visitar, hablar y discutir problemas religiosos con 79 Prelados que representaban doce de las 16 provincias eclesiásticas de Estados Unidos. Y todavía halló tiempo, para describir un enor-

me arco y contemplar desde la altura el grandioso espectáculo del Niágara.

Relieve singular tuvo por la calidad del acto la colación del título de Doctor en Leyes que le confirió la Universidad de Fordham. Más de 10.000 personas acudieron a la célebre sesión y todos salían con gratísimas impresiones al ver y escuchar al Eminentísimo Cardenal.

Por aquellos días el ambiente político estaba muy caldeado. Eran las elecciones para Presidente y Mr. Roosevelt se había presentado para la reelección. Quiso la Nación confiarle de nuevo el gobierno por amplia mayoría de votos. Al día siguiente de su reelección, el Presidente reelecto obse-

quió al Cardenal con un banquete en su casa de campo de Hyde Park y luego celebraron una larga conferencia privada. Todo ha quedado sepultado en el más estricto secreto. Pero desde entonces data esa sincera amistad que une al Papa con el Presidente Roosevelt y las delicadezas con que el Presidente lo ha colmado son índice de la admiración que por él siente.

Al mes escaso de residencia partía para Roma.

Grandes esperanzas abriga el Papa para el porvenir del mundo en el pueblo norteamericano.

Mucho espera Norte América del Papa Pío XII para la paz estable del mundo.

*V i c t o r I r i a r t e*